

# Iniciación a la militancia comunitaria

---

*LUIS NARVARTE\**

## INTRODUCCIÓN

La experiencia que aquí vamos a presentar se enmarca dentro de otra más radical y que es el verdadero acontecimiento que mueve a quien esto escribe: el encuentro con Cristo. Tras un largo proceso catécumenal, no exento de rodeos y despistes, y jalonado por las experiencias fundamentales que me fueron configurando como persona y creyente, me integré en la Iglesia y en el mundo desde una pequeña comunidad cristiana en un barrio periférico de Madrid. Los que compartimos esta militancia comunitaria asumimos, por un lado, tareas pastorales (sobre todo relacionadas con jóvenes), y por otro, compromisos sociopolíticos (en el barrio, en lo relacionado con la injusticia norte-sur, y en el marco del Instituto Emmanuel Mounier). Sin embargo, muy pronto percibimos el contraste entre la experiencia global que a nosotros nos movía, y que afectaba a nuestra vida personal, a nuestras relaciones y a nuestro posicionamiento ante los problemas del mundo, y las experiencias parciales y fragmentadas que observábamos se vivían a nuestro alrededor. No hubiese pasado de ahí si no hubiéramos concluido que esa manera de vivir la vida, ni satisface a las exigencias más profundas que hay en todo ser humano, ni supone una respuesta a la injusticia estructural que sufre la mayor parte de la humanidad. Esta es la causa última que nos movió a ofertar, a creyentes y no creyentes, una experiencia con el carácter de globalidad del que carecían otras propuestas sociales, en forma de un itinerario que denominamos “proceso para la militancia comunitaria”». Expliquémoslo con más detalle.

---

\* Profesor de la Universidad Politécnica. Presidente del Instituto Emmanuel Mounier.

## 1. LA MENTIRA DE LA ESCISIÓN ENTRE LO PERSONAL Y LO ESTRUCTURAL

Nuestra experiencia como creyentes e integrantes de la sociedad, como pequeña comunidad cristiana inserta en una parroquia de barrio, y como militantes del Instituto Emmanuel Mounier, nos ha ido mostrando la brecha que, en la práctica, existe entre lo personal-espiritual y lo social-estructural. Este divorcio lo sufrimos tanto a nivel social como eclesial.

Asistimos a multitud de ejemplos en lo público y lo político que dan a entender que existe una separación entre la dimensión personal y política de las personas, como si se pudiera ser un excelente gestor público y un depravado en lo personal, y viceversa. Podríamos nombrar notorios casos de personalidades públicas que ejemplifican esta escisión: presidentes de Estados o directores de periódicos que, por un lado, velan por la ética mundial o nacional, pero que por otro, son sorprendidos en «affaires» sexuales que justifican diciendo formar parte de «su esfera privada»; ministro que recomienda a la población no alarmarse por un brote de meningitis mientras que manda a su chófer que lleve a vacunar a sus hijos; el «filántropo» Soros que tras especular con increíbles flujos financieros de un mercado a otro, llegando a hundir países enteros, luego crea fundaciones que promueven proyectos de cooperación... Pero no hace falta elevarse a tan altas esferas: voluntarios que no dudan en hacer durante los veranos «turismo de cooperación» sin rebajar durante el resto del año los altísimos niveles de consumo que oprimen al sur visitado; manifestantes que gritan rechazar «cambiar sangre por petróleo» pero sin renunciar a los bienes que consumen ese mismo petróleo (entre ellos el adorado automóvil); economistas que afirman que fomentando el egoísmo individual se aumenta el beneficio común; padres de familia ejemplares que desean el bien para sus hijos despreocupándose de los del vecino; educadores bien educados que entienden por alumnos buenos los conformes a los modos del sistema y no los atraídos por la justicia; medios de comunicación que fomentan el consumo y la autocomplacencia y lo envuelven de solidaridad con marketing, ecología, etc.

La Iglesia tampoco escapa a ello. Nosotros mismos lo hemos sufrido como comunidad cristiana. Nacimos como tal en un proceso pastoral de una parroquia del barrio de Salamanca, en Madrid. Allí conocimos el rostro de una parte de la Iglesia que vive fervorosamente los sacramentos, que cultiva la dimensión espiritual y la oración, y que habla de la conversión interior. Por el contrario, se muestra muy poco crítica con la estructura social (salvo en lo relacionado con los valores personales y familiares), y reduce la caridad a dar limosna de entre lo mucho que sobra. Esto, que evangélicamente no tiene ninguna relevancia, sí la tiene desde el punto de vista económico pues, de hecho, es la parroquia que más dinero aportaba en su vicaría en campañas significativas como la campaña contra el hambre, Domund, día de la Caridad, etc.

Tras terminar el proceso catecumenal e integrarnos en una comunidad de adultos-jóvenes (la mayoría recién casados), nos insertamos en una parroquia de un barrio periférico de Madrid. El rostro de esta parte de la Iglesia mostraba otras facciones: gran implicación en el barrio, muy crítica con la injusticia social, austera, alto grado de participación de los laicos y muy insistente en el cambio estructural. Por el contrario, encontramos poco silencio y oración, poca práctica sacramental y poco gusto por la contemplación.

En una manifestación contra el aborto nos encontrábamos a los primeros, en una contra el hambre a los segundos. En una escuela de oración a los primeros, en una de reflexión sociopolítica a los segundos. En un proceso de catequesis para la confirmación a los primeros, en un taller de tiempo libre a los segundos. Lamentablemente en las dos, cada vez más, encontramos tan solo jubilados.

## **2. INTERPELACIÓN Y COMPROMISO**

Esta constatación se ha convertido para nosotros, como comunidad cristiana y como militantes del Instituto Emmanuel Mounier, en una profunda

interpelación. Así, aquellas palabras de Mounier «la revolución será espiritual o no será y será estructural o tampoco será» resuenan en nosotros de manera especial y vemos, en la separación entre conversión personal y cambio estructural, una de las grandes mentiras de nuestro tiempo.

Desde la humildad de nuestros medios, intentamos responder a esta interpelación desde varios planos. Uno de ellos es el proceso para la militancia comunitaria. El nombre no está elegido al azar.

Decimos «para la *militancia*» porque perseguimos catalizar a un militante, es decir, un convertido, una persona que entienda su vida como un proyecto de entrega, que estructure toda su existencia en torno a una experiencia de vocación. No se trata, pues, de promover a una persona buena y comprometida (como el joven rico del Evangelio), sino de provocar una opción vocacional que desemboque en proyectos de vida y que, por lo tanto, comprometa todas las dimensiones de la persona. Una experiencia de este tipo, para que sea sostenible en el tiempo y vivida desde la alegría, nunca puede realizarse individualmente y en lucha prometeica, sino alimentada más allá de las propias limitaciones por la experiencia trascendente y misteriosa, que pone en cada persona anhelos de sentido y de plenitud, de compromiso y fraternidad, de utopía y esperanza escatológica.

A la vez decimos «comunitaria» porque, para la realización del «yo militante», es necesaria la relación con el «tú» de los prójimos. Es tan esencial esta necesidad del tú, que no somos ni yo ni tú, somos tú-y-yo, somos el «y», el «entre», nos hacemos en la relación<sup>1, 2</sup> y llegamos a ser quienes somos porque hemos sido amados<sup>3</sup>. Por tanto, no se puede decir *persona* sin decir seguidamente *comunitaria*. Buscamos, entonces, fomentar personas que entiendan su proyecto vital en comunidad y como entrega a la

---

<sup>1</sup> M. Buber, *Yo y Tú* Caparrós Editores, 1993.

<sup>2</sup> C. Díaz, *¿Qué es el personalismo comunitario?* Ed. Mounier, 2002.

<sup>3</sup> C. Díaz, *Soy amado luego existo* Ed. Desclée de Brouwer, 1999.

comunidad para la promoción de la fraternidad en el mundo. Y ahí está la paradoja que caracteriza a lo verdaderamente humano, en que la persona se realiza al entregarse, y en que se posee cada vez más cuanto más se da. Promovemos personas que vivan, como no puede ser de otra manera, comunitariamente y se conciban a sí mismas como sujetos que intervienen en la historia para servir a la comunidad humana, herida por la injusticia, la enfermedad y el hambre.

Y finalmente, lo llamamos «proceso». Porque partimos de un punto inicial y queremos llegar a la meta ya descrita, y ello requiere un itinerario pedagógico. Por lo tanto, proponemos cinco pasos o etapas que buscan, cada una de ellas, provocar las experiencias que tienen que darse en el corazón y en la cabeza del que se inicia para que escuche su vocación y responda con toda su vida. Como todo proceso personal no está matemáticamente establecido ni tiene tiempos prefijados. Pero tampoco queremos caer en el engaño de procesos que nunca terminan, que nunca muerden el meollo que hay que morder, y que nunca desembocan en las metas que proponen. Proceso encorsetado, no, pero proceso sin final tampoco.

### **3. ETAPAS DEL PROCESO**

Las etapas de este proceso para la militancia comunitaria son cinco y reciben estas denominaciones:

1. *Deseos profundos*. En esta etapa buscamos que la persona se encuentre con la experiencia de anhelo profundo de sentido y de plenitud que habita en lo más hondo del ser humano. Buscamos que escuche esa pregunta interior y que sienta que buscar una respuesta es la única posición auténtica con su propia experiencia.
2. *Conversión básica*. Tras caer en la cuenta de que el anhelo de plenitud supera la limitación humana, buscamos que el iniciado se encuentre con

la experiencia trascendente y misteriosa que se expresa en dicho anhelo. La dimensión trascendente es así una dimensión de toda persona y no un coto privado para creyentes y religiosos. Esa experiencia trascendente habla de una realidad misteriosa por la que me siento escogido, amado personal e incondicionalmente, aceptado y perdonado y que, por tanto, no puede ser sino un Tú personal. El sentimiento de confianza y seguridad en ese misterio personal que ha puesto en mi interior los deseos profundos, que me ama incondicionalmente, y que tiene una respuesta a la medida de mis preguntas es lo que llamamos conversión básica.

3. *Análisis de la realidad.* En este momento del proceso se busca que el iniciado, además de escuchar el grito de sus deseos profundos, escuche el gemido de dolor de los que sufren en una realidad rota por la exclusión. Este análisis de la situación, no sólo se realiza desde el estudio de los datos y de los mecanismos que provocan la injusticia radical que sufre gran parte de la humanidad, sino desde el sentimiento de interpelación personal ante el rostro de la viuda, el huérfano y el extranjero. De esta manera se busca que el iniciado pase por el corazón los acontecimientos, que se convierten para él en «signos de los tiempos» que mueven a la acción.
4. *Discernimiento vocacional.* Desde una actitud de disponibilidad y desde la experiencia de conversión, el iniciado se hace la pregunta «¿dónde puedo servir más y mejor al proyecto de un mundo de personas libres y fraternas?». En esta etapa se busca que la persona entienda su vida como servicio y entrega, y que lo concrete vocacionalmente en opciones vitales.
5. *Crisis y limitación.* Un proceso no deja de ser una etapa «extraordinaria» en la vida. Se corre el peligro de idealizar y, por ende, confundir proyecto con realidad, horizonte con cotidianidad. Puede surgir entonces el peso de la limitación, de la dificultad y de la crisis<sup>4</sup>. Es necesario, pues, acompañar al

---

<sup>4</sup> R. Guardini, *Ética. Lecciones en la Universidad de Múnich*, Biblioteca de Autores Cristianos, 1999.

catecúmeno en esa crisis de madurez, verdadero crisol del militante, pues de dicha crisis nace la constancia que caracteriza la edad adulta.

Como se puede observar en lo dicho, este proceso para la militancia comunitaria está dirigido a creyentes y no creyentes, conscientes de que intentamos enfrentar un vacío que afecta a toda la sociedad. El único requisito es que los jóvenes tengan sed de plenitud y de justicia, y que no renuncien a ninguna de las dimensiones que conforman su persona.

En nuestra opinión, entendiendo y acogiendo a la persona en toda su globalidad es la única manera de suscitar el sujeto histórico consciente, responsable, y con la mística necesaria para transformar radicalmente la injusta realidad de la globalización neoliberal, causante de la pobreza de la inmensa mayoría de las personas del planeta. Este sujeto histórico se persiguió en otras épocas. Sería interesante analizar si se realizó desde esta concepción de la persona o no, pero aquí no tenemos espacio para ello. En todo caso, ni hoy existe, ni hoy se persigue y seguimos anclados en reduccionismos estériles.

En todo caso, iniciar procesos es relativamente sencillo; lo difícil es terminarlos. Este itinerario pretende desembocar en comunidades de militantes (o convertidos, como se prefiera), que sean parábolas de la nueva sociedad que anhelamos en medio de la vieja que queremos transformar, y que sean propuesta viva de un modelo de persona, de relaciones y de cultura que posibiliten a cada hombre vivir como tal. Esta es la meta que no es sino la desembocadura de un proceso que lleva a bregar en alta mar. No es sencillo, pero ¿acaso podemos conformarnos con menos?

Nuestra experiencia como animadores y acompañantes de este proceso ha sido y es excelente. La procedencia de los jóvenes es muy diversa; hay creyentes y no creyentes, y la edad oscila de los veinte a los treinta años. Somos conscientes de que trabajamos a largo plazo, pero los procesos grupales de los que somos testigos nos confirman que vamos por el buen camino. Lo importante está hecho: ahora podemos decir «ven y verás».